

LEOPOLD VON SACHER-MASOCH

CUENTOS JUDÍOS



Relatos familiares

Los *Cuentos judíos* de Leopold von Sacher-Masoch muestran la simpatía que el autor sentía por el pueblo judío y su solidaridad ante la persecución de que era objeto. Ambientados en casi todos los países europeos, en especial la región polaca de Galitzia, estos cuentos amables reflejan con nostalgia el mundo perdido de las idílicas comunidades rurales judías —y también algunas urbanas— que el industrialismo de la segunda mitad del siglo XIX había destruido.

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[Cuentos judíos](#)

[Bessuré Towé](#)

[Rabbi Abdón](#)

[Levanna](#)

[La comida de los elegidos](#)

[David y Abigail](#)

[Schimmel Knofeles](#)

[El encuadernador de Hort](#)

[Galeb Jekarim](#)

[Cómo Slobé casa a su hermana](#)

[La señora Leopardo](#)

[El bello Kaleb](#)

[¡Alabado sea Dios, que nos ha dado la muerte!](#)

[Schalem Alechem](#)

[Machscheve](#)

[El ángel de la muerte](#)

[Amán y Esther](#)

[Redención](#)

[El drama de la calle de las Rosas](#)

[Katzchen Petersil](#)

[La moneda falsa](#)

[Dos médicos](#)

[La Ilíada de Pultoff](#)

[La leyenda de la matrona romana](#)

[No matarás](#)

[Bair y Wolf](#)

[Dos Noblezas](#)

[Autor](#)

[Notas](#)

BESSURÉ TOWÉ

Galitzia

El Prosteck. Cheder. Chassidim. Masser

A Herz Machel, los *chassidim*, los celotas que reinaban en Sadagura, lo consideraban un *prosteck*. No era un hombre que actuara de forma contraria a las leyes, sino uno de esos espíritus limitados que no comprenden nada de este mundo y, por eso mismo, permanecen siempre en la sombra. Sin embargo, los Chassidim lo habían rodeado de muchas solicitudes cuando vino al mundo, y lo habían hecho todo para asegurar su felicidad en la tierra y en el cielo.

Cuando Herz acababa de nacer, el Tsadiq, el rabino sabio y milagrero de los Chassidim, a quien obedecían el cielo y el infierno, dio un billete a su padre. Éste, que había puesto un celo particular en cargar la *lulka* (pipa) del Tsadiq, tenía derechos sobre este billete destinado a proteger al recién nacido durante los primeros ocho días.

En esta época de la vida, Lillith, la bella diablesa, se cierne alrededor de la casa con su séquito, compuesto por cuatrocientos ochenta espíritus impuros. La tira de pergamino en la que estaban inscritos los nombres de tres ángeles: Senoi, Sansenoi y Sammangelef, clavada en el poste de la puerta, había de defender al pequeño Herz contra aquella vanguardia del ejército infernal.

Pero ahora, como llegaban a millares otros demonios, el padre fue de nuevo a casa del Tsadiq, de donde volvió, esta vez, con un montón de pequeños billetes, que había envuelto cuidadosamente en su pañuelo rojo. En esos billetes

estaban escritos los nombres de los patriarcas y de sus mujeres, de los profetas, de los grandes talmudistas y *Tsadiqim* y, además, diferentes pasajes, llenos de energía, de la santa Escritura y del Talmud.

Se trataba, pues, de disponer hábilmente los billetes. Abraham, Isaac y Jacob fueron colocados a la derecha del niño; Sara, Rebeca, Lía y Raquel, a su izquierda; a Moisés y el gran Bescht (el fundador de los Chassidim) los pusieron bajo la almohada, y a los demás billetes los colocaron de centinelas delante de la chimenea, las ventanas, los ojos de las cerraduras y las pequeñas grietas de la pared.

En la puerta se encontraban los nombres de Jehoel, Miguel y Sangsagael, el *melamed* (preceptor de Moisés), y también este pasaje del salmo 5: «Él salva mi vida».

Y sin embargo el pequeño Herz no tenía ninguna intención de convertirse en un genio cabalístico. Incluso aprendió con dificultad a leer hebreo en el *cheder*. Aleph y Beth le parecían dos demonios creados para atormentarle: siempre los confundía, y el *melamed* (maestro de escuela) le prodigaba inútilmente tesoros de paciencia. Cuando estaba sentado delante del *sidur* (libro de oraciones), en vano le mostraban sin cesar los caracteres hebreos con el *deutel* (varita); en vano la bonita *Rebetsin* (mujer del *melamed*) prometía al *chedriungel* (escolar) pasteles y frutas; las gallinas que se paseaban cacareando por la escuela le interesaban más que los jeroglíficos que tenía que descifrar.

Un día el *melamed* le dijo:

—Escucha, Herz, en cuanto aprendas Aleph y Beth, un ángel, desde el techo, te tirará un groschen (perra chica).

Esto, el *bocher* (niño) lo entendió; sólo que, a partir de aquel momento, en vez de mirar su libro, no apartó los ojos del techo, esperando el groschen con la boca abierta. Finalmente, el *melamed*, que había agotado todos los recursos, recurrió a un medio más drástico: hundió los dedos en la gran tabaquera que había sobre la mesa, llenó la nariz del pequeño Herz con una fuerte cantidad de tabaco y lo

empujó debajo de la mesa, donde otros dos niños ya estaban soportando el mismo suplicio. Cada vez que se oía un estornudo desesperado, el *melamed* exclamaba:

—¡Salud! Y todo el *cheder* repetía con él: ¡Salud!

Pero Herz seguía siendo duro de mollera. Hizo falta mucho tiempo para enseñarle el alfabeto. Un día el *melamed* declaró que el *bocher* no tenía la cabeza organizada para el estudio y lo expulsó de la escuela.

* * *

Así fue cómo Herz entró en el almacén de su padre y, como el *Tsadiq* había retirado de él su mano poderosa, se convirtió en *prostreck*. Como auténtico *prostreck* que era, se casó con una mujer sin dote, tuvo una docena de hijos y, a pesar de su trabajo incesante y del espíritu comercial de que estaba dotado, luchó toda su vida contra las preocupaciones de la miseria.

Le afectaba poco que los *Chassidim* lo llamasen *chamer* (asno) y *schlemil* (hombre torpe y desgraciado), puesto que él no se sentía culpable de un solo *Hilul hachem* (delito contra Dios o contra la ley). ¿Era culpa suya si el *riech* (diablo) y la *dalles* (miseria) se habían dado cita en su casa?

Vivía con su familia en una casita de paredes agrietadas apuntaladas con vigas. En la casa había una gran habitación dividida en dos por una línea hecha con tiza, igual que los estados están separados entre sí, en los mapas, mediante fronteras indicadas en color.

A un lado vivía Herz con su mujer *Judke*, su hija *Riffke* y sus otros hijos. Al otro lado de la línea se alojaba el sastre *Saduel Pietruschka* con su anciana madre, su hijo *Gedeón* y su suegro, el talmudista *Reb Jascher*.

Herz lo aguantaba todo con paciencia: las escaramuzas fronterizas con *Saduel*, el humo que la estufa echaba por toda la habitación, la lluvia que caía de vez en cuando por

el techo, la comida insuficiente, la falta de ropa, en fin, todo. Sólo le entristecían dos cosas: en primer lugar, el no poder encontrar un marido para su Riffke, tan bonita y tan graciosa; y después, que ésta se presentara siempre tan *verschmuddelt* (desaliñada).

Le habría gustado vestirla como una princesa, o al menos como la mujer de un gentilhomme polaco.

Pero nada podía alterar el buen humor de Riffke. Cantaba todo el día, pues no podía trabajar sin cantar, y trabajaba siempre. Mientras zurcía su basta ropa blanca, al otro lado de la frontera Gedeón estaba sentado sobre la mesa, con las piernas cruzadas como un pachá, y también sacaba la aguja; sólo que lo que él manejaba eran telas soberbias, seda, terciopelo y tejidos turcos, con las que componía obras maestras de vestidos femeninos.

Poco a poco, los jóvenes empezaron a intercambiar una palabra, después una frase, y finalmente Gedeón intentó rivalizar con Riffke; cada vez que ella interrumpía su canto, él empezaba a narrar, dando como historias verdaderas todo lo que había leído en los volúmenes mugrientos del gabinete de lectura. Un día era *El conde de Montecristo*, o *La hija del capitán*, otro día era *El Visionario*.

Y cada vez que terminaba alguna soberbia *kazabaika*, o algún manto regio, invitaba a Riffke a probarse aquella maravilla; entonces todos levantaban la cabeza para admirarla, y el propio Reb Jascher olvidaba por un instante su Talmud.

* * *

—¿Sabe qué tiene que hacer, Herz? —dijo de golpe Reb Jascher una noche cuando todos acababan de acostarse.

—¿Qué tengo que hacer?

—Tiene que intentar probar fortuna, para tener una dote para su Riffke.

—¿Es culpa mía —exclamó Herz— si tengo mala suerte en todo? Si se hace una tontería en Sadagura, nunca dejan de darme la culpa a mí. Si alguien hace algo malo, es también Herz Machel, ese malvado, el culpable. ¿Por qué tengo que ser siempre el gallo de Capore (chivo expiatorio) de todo el mundo?

—Tiene razón, Herz —respondió el anciano—, y por eso quiero darle un buen consejo. Hoy es la noche de la Hoschana Raba, en la que todos pueden probar suerte. Levántese, vamos a buscar tres números en el Talmud.

Herz se levantó y encendió la lámpara.

—Deme el libro. Herz lo trajo, y Reb Jascher, sin abandonar su lecho miserable, lo abrió con los ojos cerrados.

—¡Mire la página!

—Es la página treinta y uno.

—¡Bien! Escriba treinta y uno.

El anciano volvió a abrir el Talmud.

—¿Y ahora?

—Siete.

—Escriba siete; ¿y esta vez?

—Ochenta y cinco.

—Escriba ochenta y cinco; ahora tiene tres números: 31,7, 85. Mañana jugará a estos números en la lotería, seco terno terno único, y apostará diez florines.

—¿Pero de dónde voy a sacar diez florines?

—Debe pedirlos prestados, Herz; el dinero prestado trae buena suerte.

Al día siguiente Herz fue al campo para entregar a la señora Bistonicka de la quinta diferentes mercancías que le había encargado, y le rogó que le prestara diez florines, aparte de la venta. Con esta suma se dirigió a la oficina de la lotería imperial y apostó por los tres números que le había indicado el Talmud; después se fue al cementerio, a rezar en la tumba de su padre.

* * *

El domingo siguiente, en el momento en que las dos familias ponían la mesa para cenar, *Reb Jascher* entró solemnemente, con el gorro de marta cibelina en la cabeza, intrépido como un cosaco, con su agradable rostro radiante como un sol de alajú.

—¡*Bessuré towé* (buena noticia)! —exclamó— ¡*bessuré towé*!

—¿Qué ha sucedido? —preguntaron todos a una.

—¡Qué *masse* (suerte)! ¡Que alguien diga todavía que Herz es un *schlemil*!

—¡Venga! ¡Hable de una vez!

—Pero si no paro de hablar. Pues bien... Pero siéntese primero, Herz, porque si no se caerá.

Herz se sentó.

—¡Escuche, Herz, *bessuré towé*! ¡Ha ganado el gran terno! ¡Herz, ha ganado 48 000 florines, Herz!

Herz se quedó como petrificado en su silla.

—Escuche, Herz, ¡48 000 florines!

La primera palabra que Herz pronunció fue: «¡*Riffke*!».

Luego, volviéndose hacia su hija, dijo:

—Ahora tendrás un marido, hija mía. No tienes más que escoger al que te guste.

Luego se levantó, atravesó lentamente la habitación y, volviendo el rostro contra la pared, se puso a rezar y a sollozar.

* * *

Cuando todos se hubieron recuperado un poco de su estupefacción, pues una gran alegría nos abrumba tanto como un gran dolor, Herz dijo:

—No, antes que nada quiero dar el *masser* (diezmo); sólo después Riffke tendrá un marido.

—Si quiere dar el *masser* —dijo Reb Jascher—, son exactamente 48 000 florines, según la ley.

—Pues bien, quiero dar los 48 000 florines a Saduel Pietruschka; es mejor ayudar a un buen hombre que dar a mucha gente una bagatela que no les serviría de nada.

Saduel miró a Herz, muy asombrado, y luego lo abrazó y lo besó.

—No me des las gracias —dijo Herz—, hago esto por mí. Y tú, Riffke, quizá ya has encontrado un *bachur* que te guste. Habla, hija mía, lo tendrás.

—Pues bien, quiero tener a Gedeón, si él me quiere, claro —dijo ella.

Gedeón sonrió, confuso, y le tendió la mano.

—Dime, Riffke —le murmuró al oído—, todo esto ¿es un sueño o es una realidad?

RABBI ABDÓN

Rusia

La Kabbalah. El judío agricultor

El sol acababa de ponerse. Las nieblas de una oscura noche de invierno envolvían, poco a poco, las torres y los tejados de la pequeña ciudad perdida allá lejos, en el mediodía de Rusia, entre los desiertos salvajes de los bosques, las marismas y las estepas.

El huracán había levantado altas murallas de nieve que tenían a la gente aprisionada en sus casitas de madera. Con los últimos rayos del atardecer, las flores formadas por el hielo en los estrechos cristales parecían abrirse y revestirse por última vez de los colores de la primavera.

Finalmente este resplandor suave y débil se extinguió a su vez y un crepúsculo gris y monótono llenó la amplia habitación en la que el viejo *Rabbi* Abdón estaba sentado, sumido en pensamientos y recuerdos bien extraños.

La vieja sirvienta entró sin hacer ruido, encendió las lámparas y desapareció tal como había venido, inadvertida. El viejo *Rabbi* no se movió. La luz vacilante parecía transfigurar todos aquellos objetos santos de los que estaba rodeado: los rollos de la ley, los volúmenes de piel del Talmud, el Sohar (libro del resplandor), y el Han (el árbol de la vida) colgado de la pared. Pero hoy el anciano no los veía. Su cuerpo flaco y seco estaba reconcentrado en sí mismo y parecía sin vida; su rostro arrugado y apergaminado tenía la inmovilidad de la muerte. Sólo sus grandes ojos revelaban que su alma todavía estaba allí.

Se preguntaba en ese momento por qué vivía todavía. Tenía detrás de sí una vida piadosa e irreprochable, y había penetrado todos los secretos de la *Kabbalah*. La beatitud de los justos, la gran recompensa prometida a todos los que se consagraban a esta ciencia revelada por Dios mismo a Adán, le esperaba. Pero, aquí, en este mundo, ¿de qué le servía su piedad, su ciencia? Estaba solo, perdido en un mundo que no le comprendía, y que él tampoco comprendía, abandonado, sin amor, entre gente que no se le acercaba más que con una especie de veneración y de temor respetuoso.

¿De qué le servían, al borde de la tumba, Guematria, Notarikon y Temurah, esas doctrinas con cuya ayuda se puede descifrar el sentido secreto que Dios mantiene oculto en la santa Escritura?

¿De qué le servía ver en esas noches silenciosas, como a través de un velo, la fuente originaria de la luz, del espíritu y de la vida, la más oculta de todas las cosas ocultas?

¿De qué le servía poder contemplar en el hombre el microcosmo, el mundo en pequeño, como en un espejo de brujo? ¿y conocer los diez Sephirots, y los cuatro mundos? ¿de qué le servía que los ángeles fuesen y viniesen sin cesar a su casa, y que él tuviera pleno poder sobre los espíritus y los demonios? Podría exorcizar a su gusto a Samael y Aschmedai, y obligar a la bella diablesa Lillith a obedecerle, pero era impotente ante esa niebla que formaba como apariciones misteriosas a su alrededor, y esas voces que comenzaban a murmurar con el silencio de aquella oscura noche de invierno.

Sí, estaba solo, solo, con sus tesoros enterrados. Y sin embargo, había tenido antaño una mujer querida, bella, casta y virtuosa, y un hijo. Este hijo, ¿dónde estaba? ¿Vivía todavía, por lo menos? ¿o había abandonado la tierra como su madre?

Era una criatura dulce y encantadora, esa mujercita que se introducía suavemente en su habitación, esbelta y teme-

rosa como un corzo, cuando él estaba sumido en sus inflios; rara vez su sonrisa penetraba, como un rayo de luna, en el alma de este hombre grave, que por lo general ni siquiera se daba cuenta de su presencia. En vano adornaba su cuerpo gracioso, en vano dejaba oír su voz clara y su risa tímida en ese lugar oscuro en el que un pequeño espíritu humano osaba forzar las puertas del paraíso y del infierno.

Sin embargo, ella lo había amado; pero, sola con su pobre corazón hambriento, se había deshojado como una pequeña flor privada de aire y de luz; y llegó un día en que reposó allí, con una pequeña sonrisa vagando sobre sus labios fríos.

¡La había perdido para siempre!

Y ahora lo habría dado todo por poder besar la pequeña zapatilla de terciopelo en su lindo pie, y por oír una sola vez más su paso ligero, en medio de aquel mundo cubierto de polvo y moho.

¿Y su hijo? Quizá vivía todavía, pero lejos de él, muy lejos.

Había sido su orgullo, y se habría convertido no sólo en el heredero de su nombre y de todos sus bienes, sino que el viejo *Rabbi* le había destinado además un legado mucho más valioso, un legado sagrado: su sabiduría, su ciencia y todos los misterios que la magia de la *Kabbalah* le había revelado; pero él, ese hijo ingrato, lo había rechazado todo por una muchacha simple, unos cuantos árboles verdes y un campo de espigas que maduraban.

* * *

El pequeño Simón estaba destinado a ser rabino, pero el aire cerrado de la casa le oprimía. Cuando el primer rayo de sol cayó sobre el gran volumen de piel ante el cual estaba sentado, fue como si un hilo de oro, tejido por la mano de un hada, le atrajera hacia fuera; y cuando su pie hubo

tocado aquella tierra negra que el campesino ruso ama con tanta ternura, el pequeño judío sintió, como el *mujik*, el hábito de esa amiga fiel e inalterable, la única que nos devuelve por centuplicado cada uno de nuestros cuidados y de nuestros servicios. Oía, en las espigas trémulas y en el rumor de las hojas, la voz de la Madre eterna.

—¡Oh! Conozco un libro mucho más bello que éste —dijo a su padre señalando el Talmud—; ese libro, es Dios mismo quien lo ha escrito. En él se ven el bosque verde, el sol, la luna y las estrellas.

Cuando los campesinos araban, seguía su arado de lejos, como las cornejas; y cuando se oía el ruido de las hoces, en la época de la cosecha, se escondía detrás de las gavillas.

Rabbi Abdón lo había prometido, cuando todavía era muy niño, a la hija de un hombre muy rico y de origen tan noble como el suyo: el gran comerciante Jonatán Ben Levis, de Amsterdam, cuyos navíos viajaban casi hasta la India.

Pero cuando Simón fue mayor, otra conquistó su corazón.

Era una muchacha pobre llamada Darka Barilef. Sus padres no poseían más bienes que una taberna miserable en el arrabal y un pequeño pedazo de tierra.

Fue allí donde Simón conoció a aquella bella y vigorosa muchacha, con el cuerpo de una Judith y la cabeza graciosa de una Rut coronada de trenzas de un rubio rojizo.

Había salido al campo con su *Schne Luchot-Haberith*, para imbuirse bien del espíritu de la *Kabbalah*. De repente vio a la joven, que caminaba detrás del arado, al que estaba enganchado un caballo pequeño y flaco. Arrojó el precioso libro lejos de sí, agarró el arado y continuó trazando el surco empezado por Darka. Una vez terminado el trabajo, los jóvenes se sentaron en el lindero del campo y se pusieron a hablar, serios y razonables, mientras ella escogía

flores del campo para trenzar con ellas una corona. Y entre ellos se abría, invisible, una flor misteriosa, la flor del amor.

El viejo rabino se acordaba también del día en que tuvo lugar aquella desafortunada discusión con su hijo. En aquel momento volvía a verle delante de él, con los ojos brillantes y las mejillas ligeramente coloradas; y cada una de las palabras duras que se le habían escapado entonces, llevado por la ira, le habían quedado grabadas en la memoria. En aquella hora de soledad y de abandono, oía todavía distintamente la respuesta de Simón, que, tranquilo y respetuoso, hablaba con el valor y el entusiasmo de un profeta.

«El judío —había exclamado el joven al terminar— no se creó la situación desgraciada en la que se encuentra todavía en los países del Este. Encerrado por sus perseguidores en las calles sombrías del Gueto, y excluido de todos los demás trabajos y de todas las demás carreras, fue obligado a dedicarse exclusivamente al comercio. Pero es culpa nuestra si prolongamos esta segunda cautividad babilónica. Se han roto las cadenas, las barreras han caído; el que desee el bien de su nación y quiera probar la fuerza de su fe, debe abandonar hoy estos rincones privados de luz, en los que sólo pueden florecer el espíritu comercial, estrecho y mezquino, o una ciencia oscura, caprichosa y estéril. Hoy el campo del trabajo espiritual está abierto para nosotros, así como todas las demás vías. En Odesa, unos hombres ilustrados, de nuestra raza, se han puesto a la cabeza de un movimiento cuyo fin es volver a llevar al judío, ante todo, a la vida rural y a la agricultura que antaño, en la Tierra Prometida, hicieron la felicidad y la prosperidad del pueblo de Israel. No quiero pasarme la vida inclinado sobre los libros. No quiero traficar y comerciar en alguna tienda asfixiante. Tengo necesidad de aire y de luz y, como Boas, quiero cultivar yo mismo mi tierra».

El padre permaneció sordo a sus ruegos y a todos sus razonamientos; y, como el hijo persistía en su decisión, vino